don de la perseverancia, si no es que lo haya sabido por particular revelacion que Dios le haya hecho; y nuestro muy santo Padre Sixto V condena á los que dijeren las cosas que han de venir que dependen de nuestro libre albedrío, de cualquiera manera que ello sea, si no fuere revelandóselo Dios. Por cierto, si en estos tiempos no pudiera ó no hubiera de haber revelaciones, demasiada cosa y fuera de propósito era decir, si no fuere revelandóselo Dios, ó habiéndolo sabido por particular revelacion.

de la granta y librarithad do qui bondad, y con exa y comen-

Senor: Youke had manners the pressonent init grania, que quiero

menera erescamas co elos en graces. Pero a algunos malicio-

lanto de eso, y desumes nos munes, finsta el dia do hayda dal-

lo have habito y have, pues tione hice la misma bondad y lare-

gueza que siempre ha tenido, y abora lambien quede hacer, y

Del crédito que en particular se debe dar á las revelaciones que se escribirán en este libro.

nuls de secon. La segundo es de la antecid-de das cercinides

vinese cada de elles, y principalmenterà Garson, los que des-

puce henefrateda de esta mategas, como son el Massico Avila

en el libro que comunante llaman dudifilio, y el Padro Maes-

and not offering control CAPITULO II. at antiford verificati

lecciones, y despuis pon sus-tibros, en a redos muy conocidar os el historiosado O. Juan do Orozco Accediano de Guellos, en el his

broamy dono y aurioso que estribió de la verdadera y falsa oro-

No por esto se entiende que todas las que se venden por revelaciones deben ser creidas, pues puede haber, y hay muchas falsas; y tanto engaño, y aun mayor, seria creerlas todas, como no creer ninguna. Primero se han de examinar de qué espíritu son, porque san Juan dice: Carisimos, no querais creer à todo espíritu, sino probad los espíritus á ver si son de Dios. Así que ya no tratamos si se han de creer las revelaciones en comun, sino si deben ser creidas estas de la Madre Teresa de Jesus que van en este libro. Tomémoslas, pues, y toquémoslas en el contraste, porque si esta moneda no fuera buena, y el oro de ella fino, luego se echara de ver en el toque. Algunas señales se hallarán en los libros de los santos, por donde esto se pueda conocer, y de san Buenaventura se pueden tomar; pero quien con mas diligencia trató de esto, fué el Cancelario de Paris, Juan Gerson, hombre de mucha doctrina, cordura y autoridad, que hizo de esto dos tratados: el uno de la probacion de los espíritus, y el otro de la distincion de las verdaderas visiones y de las falsas. Tambien lo trató bien el doctísimo Cardenal Torquemada en el defensorio de las revelaciones de santa Brigida. Los dos en un mismo tiempo estudiaron con mucho cuidado este punto estando en el Concilio Basiliense, porque se trató en él

de las revelaciones de la santa. A estos han seguido sin desviarse nada de ellos, y principalmente á Gerson, los que despues han tratado de esta materia, como son el Maestro Avila en el libro que comunmente llaman Audifilia, y el Padre Maestro Fray Bartolomé de Medina, cuya doctrina, primero por sus lecciones, y despues por sus libros, es á todos muy conocida, y el licenciado D. Juan de Orozco, Arcediano de Cuellar, en el libro muy docto y curioso que escribió de la verdadera y falsa profecia. La sustancia de todas ellas, podemos reducir á cinco cabezas. La primera toca á las revelaciones mismas, si son verdaderas, si son conformes á la doctrina de la Sagrada Escritura y de la Iglesia Romana, ó tienen algo que no diga bien con ella, si tienen alguna cosa en sí que no sea verdadera, aunque las demás le sean. La segunda es de la materia de las revelaciones, si son de cosas que no son de provecho, sino curiosas ó · vanas, que no importa nada saberlas, ó tales que sin ninguna revelacion se pueden saber. La tercera, qué efectos dejan en los que las tienen, porque por aquellos se echa de ver si son de Dios ó del demonio. La cuarta toca á la persona que tiene las revelaciones: lo primero en lo natural, si es de buen juicio y discreta, si tiene enfermedades que perturben la razon, ó impidan el buen uso de ella, como alguna demasiada melancolía, ú otras semejantes; si es arrojada é impetuosa en amar ó aborrecer, ó demasiadamente imaginativa; si es moza ó nueva en el servicio de Dios y de poca esperiencia en las cosas espirituales. En las costumbres, si es persona soberbia y amiga de ser estimada y de publicar sus cosas, y de que se hable de ellas; si dice sus revelaciones á muchas; si las dice en buena gana sin que se las pregunten; si desea que haya en ellas secreto; si es amiga de su parecer mas que del de aquellos á quien las comunica; si cree lo que se le dice en esas revelaciones, y lo ejecuta, aunque la dijeren lo contrario los hombres doctos y espirituales; si no quiere pedir à nadie parecer en las cosas que a parece haberle sido reveladas; si vá con curiosidad á la oracion, deseandolas tener; si pregunta a Nuestro Señor cosas que

tocan à si ó à otros, pidiendo que se le revele lo que ha de responder; si en su vida y trato y vestido es particular y diferente de los de su estado. La quinta, si han sido estas revelaciones aprobadas y examinadas por personas que en esto puedan tener voto. En cada cosa de estas habia mucho que decir para probar cómo las de la Madre Teresa de Jesus tienen todas las señales buenas que se requieren para tener una revelacion por verdadera, y juzgar que es de Dios. Pero porque casi todo lo que es menester decir para eso, se dice en diversos lugares de esta historia, lo tocaré brevemente, remitiendo al·lector à los lugares donde cada cosa de aquellas se trata de propósito.

La primera es, si son verdaderas. De estas revelaciones de la Madre, unas son de cosas que están por venir. Otras contienen, ó alguna doctrina que á ella se dá, ó algun mandato de cosa que haya de hacer. Si son de cosas que están por venir, el Señor mismo nos dá la señal por donde se conozca si son suyas ó nó, diciendo así: Y si me respondieres entre tí, ¿cómo puedo vo entender que no sea del Señor lo que se me dice? ternás esto por señal: Si lo que aquel Profeta hubiere profetizado en nombre del Señor no sucediere así, eso no lo dijo el Señor, sino aquel Profeta con su soberbia lo fingió, y así no tienes que temerle. Todo lo que ella dijo que habia de venir, ya está cumplido, sino es una cosa, cuyo tiempo aun no ha llegado, como el haber de ir muy adelante en sus dias la órden de Nuestra Señora del Carmen, que las ayudaria Dios, que veria las grandes cosas que habia de hacer por ella, que no bastarian sus contrarios á desbaratarlas, y otras muchas cosas que se verán en el libro cuarto en el capítulo quinto. Las que tocan á enseñanza, todas tienen doctrina conforme á la Divina Escritura, y de la Santa Iglesia, y de los santos, como se verá por todo el discurso de esta obra. Lo que la mandaban hacer todo era bueno y provechoso, como fundar algunos Monasterios y hacer caminos para esto ó para otras cosas de servicio de Dios; y no se hallará ninguno que no sea tal, y esto que he dicho es en todas ellas y en cualquiera parte de ellas. Pero háse de advertir que (como bien lo nota Gerson) si alguna revelacion se hallase de personas semejantes que no tuviere la verdad en todo, ó en parte, aquella se ha de juzgar que no es de Dios; mas no por eso pasa perjuicio á las demás de la misma persona para pensar que por no ser esta de Dios, tampoco lo son las demás. Pruébalo porque los Profetas no tenian siempre el espíritu de profecia, como lo enseña san Gregorio, y por el uso que tenian de oir la habla de Dios, podian algunas veces pensar que era de Dios lo que era suyo, como le aconteció á Nathan, Profeta (segun san Gregorio), cuando dijo á David que edificase el templo, lo cual Dios no le habia dicho. No digo esto porque haya en este libro cosa de esta manera, sino porque aunque la hubiera, no era causa bastante para desacreditar las demás revelaciones.

La segunda señal es, si son estas revelaciones de cosas vanas ó curiosas. En muchas partes de los tres libros primeros, y mas particularmente en el libro cuarto, capítulos cuarto y quinto, se verá bien cuán provechosas son todas, y cómo no tienen de curiosidad ó vanidad.

La tercera es, qué efectos dejan. Esta sola, cuando mas no hubiera, podia asegurar mucho á todos de ser estas revelaciones de buen espíritu, porque siempre la dejaron aprovechada: con mas amor de Dios, con mayor aborrecimiento de sus pecados, con mayor desprecio de sí, con mas ánimo para servir á Dios, como se via en el aprovechamiento de cada dia; con mucho crecimiento en las virtudes, como se verá en este libro primero, desde el capítulo octavo adelante, y en lo que su confesor dejó escrito de ella, que se cuenta en el libro cuarto, capítulo sétimo, y en lo que ella escribió á un confesor, que está en el capítulo postrero y en el sétimo. A esta señal daba san Gregorio tanto crédito, que hablando de un monge llamado Pedro, que siendo seglar habia sido su alma llevada á ver las penas del infierno, dice: Despues de esto afligióse tanto con ayunos y vigilias, que aunque lo callara su lengua, su vida hablaba que habia visto las penas del infierno y las habia temido. Y el Señor dijo: Por sus frutos los conocereis. Por ventura ¿cogen de las espinas uvas ó de los abrojos higos? Así, todo árbol bueno, buen fruto lleva, y el árbol malo lleva mal fruto. Esta señal es muy cierta, y si se mira bien con alguna consideracion y espacio, nunca creo nos engañará.

La cuarta señal que se toma del natural y costumbres y cualidades de la persona que tiene las revelaciones, es tanto en favor de las de la Madre Teresa de Jesus, cuanto se puede desear, porque cuantas condiciones y buenas partes piden los que mas escrupulosamente hablan de esto en una persona para que se tengan sus revelaciones por verdaderas, todas se hallan en ella juntas. Un muy sano y agudo y asentado juicio, una gran discrecion y prudencia singular, una muy alegre y apacible condicion, una complexion muy buena y muy agena de melancolfa, como diremos hablando de su natural en el libro cuarto, capítulo primero, y como lo saben bien los que la conocieron y trataron. Pues la santidad suya, su madurez, su gravedad, y la verdad que en todas las cosas, por menudas que fuesen, con tan gran cuidado trataba, y la esperiencia grande que tenia de todas estas cosas espirituales y de los engaños que en ellas suele hacer el demonio, como se vé bien en los libros que escribió, ¿á quién no asegurará y quitará toda la sospecha? Pues ¿qué diré de la humildad que en ella tan claramente resplandecia, que se echaba de ver muy de lejos, y debe en estas cosas quitar todo el miedo á los hombres cuerdos? Si esta señal de la humildad (dice Gerson) se conociese bien, no habia para qué buscar otras señales, porque la humildad y la soberbia bastantemente manifiestan en las cosas espirituales cuál sea moneda verdadera y cuál falsa. Nunca deseó ni pidió á Nuestro Señor revelaciones, ni aun consuelo en la oracion, sino una vez, y luego se reprendió de ello, y con la reprension vino á hallarle, aunque va no le gueria. Rogó mucho á Nuestro Señor, é hizo que otras muchas personas se lo rogasen, que la llevase por otro camino, y trabajó mucho en ello; y mientras mas procuraba echar de sí estas mercedes de Dios, mas abundantemente las tenia, como se verá en el libro primero, capítulos nueve y diez. Y esto pone Gerson en los dos tratados dichos por señal cierta de ser las revelaciones de Dios. Sus revelaciones no las decia á nadie, sino para pedir consejo y ser enderezada ó desengañada, si acaso en ellas hubiese engaño, y encargaba mucho el secreto á quien las decia, y recebia mucha pena si no se le guardaban. En fin, bastará esto solo, que en el libro de su vida, que escribió por obediencia de su confesor, dijo en los primeros capítulos todo el mal que pudo de sí, y cuándo ha de comenzar á contar las revelaciones y mercedes que de Nuestro Señor ha recebido, que es en el capítulo diez, ruega mucho á su confesor que de lo que de allí adelante dijere, no dé à nadie parte, y por eso ni pone su nombre, ni el del lugar y Monasterio donde vivia, ni los de las personas con quien trató, porque no venga por ahí á ser conocida del que acertase á ver aquel libro. Pero de los pecados suyos que ha escrito y de cuantos ha hecho en su vida, dá licencia á sus confesores para que desde luego los puedan decir y manifestar el nombre. Y quien mas quisiere, vea lo que se dirá de su humildad en el libro cuarto, capítulo quince y diez y seis. and ob y salandinges salana salan salan aha

De revelaciones hacia poco caso, y decia que ni se deseasen ni pidiesen: todo el estudio y cuidado queria que se pusiese en las virtudes verdaderas y maeizas, como veremos en el mismo libro, capítulo veinte. De todas ellas daba cuenta á su confesor, y nada de lo que entendia en ellas hacia, sino era juntándose con ellas el parecer de la persona que tomaba en lugar de Dios; y si este era contrario, aunque tuviera muchas revelaciones, no hacia caso de ellas, como se dirá hablando de su obediencia en el capítulo mismo. Con revelarla Nuestro Señor tantas cosas, jamás le preguntó cosas ni para sí ni para otro. Su vestido y su trato era en todo santo y muy conveniente á su vida y religion.

esto pueden tener voto, suele bastar muchas veces, y su oracion y espiritu y revelaciones la tienen muy grande de los hombres mas graves y doctos y espirituales que hubo en Castilla, y en los lugares por donde ella anduvo, como veremos en el li-

bro 4.°, capítulo 7. Con esto, pues, quedará probado que estas revelaciones de la Madre Teresa de Jesus son aprobadas y autorizadas por san Buenaventura y por el Cardenal Torquemada, y Juan Gerson, y el Maestro Avila, y el Maestro Fr. Bartolomé de Medina, y don Juan de Orozco, Arcediano de Cuellar, sin los demás que diré despues en el capítulo alegado. Aunque D. Juan de Orozco, no solamente así en general, sino muy en particular y con palabras muy favorables, las aprobó en el mismo libro. De la misma manera las aprobó y alabó mucho el Padre Maestro Fr. Luis de Leon, de la órden de san Agustin, catedrático de Biblia en Salamanca, cuya mucha erudicion y agudeza de ingenio no es menester decirla yo aquí, pues la están publicando sus libros. El cual, habiendo sido nombrado por el Consejo Real para ver y examinar los libros de la Madre Teresa de Jesus, que se querian imprimir, no se contentó con aprobarlos, sino hizo una muy elegante epistola, que se puso al principio, en que dá el testimonio de ellos, que de tantas letras y de tan acertado juicio se debia esperar; y esto sin haber él tratado ni visto jamás á la Madre Teresa de Jesus, sino por lo que en los mismos libros vió. Lo que yo puedo añadir á esto es, que he leido con cuidado mucho de las santas nombradas va que escribieron revelaciones, y estas fueron examinadas y aprobadas por hombres muy doctos y graves, y que estas y las de la Madre Teresa de Jesus son tan semejantes entre si, como si una misma las escribiera todas; pero en hartas de ellas hay, sin duda, mas que reparar que en las de la Madre Teresa de Jesus p nodas open en y obir net onugla evan en ed obeile

Dirá alguno, que en fin era mujer, y que se ha de hacer poco caso de revelaciones de mujeres. Ya he contado muchos mas hombres que mujeres en el capítulo 1.°; mas si las mujeres que las tienen son mejores y mas agradables á Dios que los hombres que esto dicen, ¿por qué se espantan que tengan ellas lo que no tienen ellos, por no haberse así entregado á Dios, pues delante de Dios no hay hombre ni mujer, todos son criaturas suyas, y á quien mas se le dá, mas se dá él tambien? Tam-

poco no se me dará mucho que lo digan así, si miran bien lo que dicen, porque las que con fortaleza vencen sus pasiones y las sujetan á Dios, hombres se han de llamar, y los hombres que se dejan vencer de ellas, mujeres son. No consiste esto en la diversidad del cuerpo, sino en la fortaleza del alma. Vean si lo siente así la Iglesia, pues á vírgenes muy valerosas, como santa Inés, santa Agueda, manda rezar el oficio de los mártires para declararnos que las habemos de contar por varones. Tan clara cosa es esta, que no hay para qué probarla, pues aun los libros de los gentiles están llenos de esto, y el antiguo poeta romano Ennio, dijo:

Vosotros joh mancebos! de mujeres

Teneis el corazon; y aquella virgen

Le tiene de varon.

aprobables, sine hise una muy aleganie epistelas que se puso-

Así que no hagamos caso de revelaciones de mujeres, que quiere decir de personas flacas y rendidas á sus pasiones; pero de las de una mujer mas varonil que muchos grandes varones, tan animosa y tan valerosa, y de las que á ella se parecieren, mucho caso se debe hacer. Si Dios es amigo de conversar con los hombres y se sabe que no dijeron bien aquellos astrólogos de Nabucodonosor en aquella palabra: Sacados los dioses que no tienen con los hombres conversacion: ¿con quién ha de conversar y tratar familiarmente, si no trata con quien lo deja todo por él y le entrega toda su alma y no gusta de nada sino de él? Miedo he no haya alguno tan rudo y de poco saber que me diga que se debian creer estas cosas si otro las contase; pero que el contarlas la misma Madre de si, las hace sospechosas. A esto parece que me bastaba responder con no hacer caso de ello. Lo mejor que tienen para que todos los hombres cuerdos las crean, es contarlas ella misma. Si diciéndolas otros las habrán de creer, ¿cuánto mas dando testimonio de ellas un testigo de tanto crédito y de tanta autoridad y mayor de toda escepcion, tan quitado de buscar la estima suya y que tanto huyó siempre de toda vanidad? Leamos lo que escriben en diversos lugares de hechos de santos san Gerónimo y san Agustin y los demás, y particularmente lo que san Gregorio escribió en los libros del Diálogo, y veremos cuán entero crédito dieron en aquellas cosas á testigos de mucha menor autoridad, porque eran ellos santos y saben lo que Dios hace con los santos, y que hay mucho por qué creerlas. No consideran que estas cosas son interiores y manifiestas solamente à quien las recibe; y que si ellos las callasen nunca se sabrian, y todo lo que se sabe y está escrito es porque ellos mismos, por la gloria de Dios y provecho de los prójimos las escribieron ó las manifestaron á quien las escribió. Así que, si por esta razon á estas se hubiese de quitar el crédito, se quitaba tambien á todas cuantas están escritas de los santos. Todas las revelaciones que tenemos de santa Brigida y de santa Catalina de Sena y de santa Gertrudis y de santa Mechtildis y de santa Angela de Fulgino y de otras santas y santos, ¿cómo las pudiéramos tener si no fuera por esta via? Y si contándonoslas otros las creemos, que son testigos de óidas, ¿cuánto mas se deben creer contándolas quien las recibió de Dios y no es testigo de oidas, sino de vista? Cuanto mas que todo lo que acerca de esto la Madre Teresa de Jesus escribió, no fué por su voluntad, sino por obediencia de Dios, que se lo mandó, ó de sus confesores, á quien ella tenia en lugar de Dios. Y así dejó de decir otras muchas mas cosas que pudiera decir, como ella lo confiesa, contentándose con poner aquello que bastaba para cumplir ella con su obediencia. Una vez la dijo el Señor (como ella lo dejó escrito de su mano): No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no se te olviden. Pues quieres por escrito los de los hombres, ¿por qué piensas pierdes tiempo en escribir los que te doy? Tiempo verná que los hayas menester todos. Y en otro papel escribió estas palabras: Dióme una vez el Señor una luz en una cosa que yo gusté entenderla, y olvidóseme luego desde á poco, que no he podido tornar á caer en lo que era. Y estando yo procurando se me acordase, entendí esto: Ya sabes que te hablo algunas veces, no dejes de

escribirlo, porque aunque à ti no te aproveche, podrá aprovechar à otros. Quede, pues, dicho de una vez para lo que de aqui en adelante contaremos, pues escribiendo yo la vida de esta santa, no podia ni debia callar las mercedes que el Señor la hizo, porque pretendo la gloria de Dios, y lo es muy grande comunicarse el talento à las criaturas que le sirven con fidelidad, como lo hicieron san Atanasio, san Gerónimo, san Gregorio y todos cuantos han escrito vidas de santos en todos los siglos pasados y en el presente. Bien sé que no consiste en estas la sustancia de la santidad, ni yo las escribo para eso, aunque todavía la manifiestan y la dan algo à conocer, especialmente cuando dejan en el alma tales efectos como habemos visto, y no hay por otra parte cosa que las contradiga ó quite su autoridad. Y así las revelaciones cuento de paso, como se van ofreciendo en el discurso de su vida, y de las virtudes verdaderas en que consiste la santidad, trataré de propósito en todo el libro cuarto, que terná por dos destotros. Y en estos tiempos me parece esto aun mas necesario para que mirando desde cerca las señales que tienen las revelaciones verdaderas, y la humildad y amor de Dios que dejan en el alma, se conozcan mejor las que son falsas y del demonio, y no se crean ni autoricen, ni se engañe nadie con ellas, pues se vé que las personas que las tienen están llenas de soberbia y amor propio, y no buscan sino honra y autoridad entre los hombres. Y como lo blanco cabe lo negro descubre mas, y en alguna manera parece mas blanco, y lo negro tambien se conoce mejor, así las falsas revelaciones puestas cabe las verdaderas, descubrirán mejor su falsedad, y las verdaderas quedarán mas conocidas. En tiempo de los Profetas verdaderos hubo falsos profetas, y en tiempo de los Apóstoles de Cristo, hubo apóstoles de Satanás; mas no perdieron por eso los verdaderos Profetas y Apóstoles, antes fueron mejor conocidos y estimados. En fin, pues Dios quiso hacer estas grandezas con su sierva, ¿por qué habia vo de haber miedo á publicarlas; pues nos dijo el Arcángel san Rafael: Callar los secretos del rey, bueno es; pero ma-

nifestar y confesar las obras de Dios, honrosa cosa es? Y mas cuando la virtud está en alguna manera infamada por personas que con la apariencia de ella engañaron, seria mal hecho no volver por ella.

lases, pays die ver den hermody, drep was berbare, geneed

thats Three and company longue excelled his table after

at is Tabala out an empe also it authoris ender or the

a Mathe Tirese de Lesus tue llamada dona Teresa de Ahu-

coregon due era au er comente ni de los savos, un

guan de los que mas sirvieron a Jesus, segna su devociou, y

propio de Espain, y antiguo como divera, Sancha, Urraca y

otros sometantes. Cada provincia, al lo miragios, ballaremos que

tiene nombres propies sayes ne esados en obras, que quedaron

de la misa mozárabe, que antiguamente se decia en España, y